

## ¿Por dónde comenzar?<sup>A</sup>

**Germán Colmenares**

*A la memoria de don Luis Ospina V., a quien tuve la suerte de leer en una facultad de Filosofía en donde estaban de moda Husserl, Heidegger y la civilización Occidental cristiana.*

En el terreno de las ciencias sociales la lucha contra el positivismo se ha querido llevar como una batalla ideológica contra lo existente. En la argumentación teórica usual toda representación positivista aparece como representación estática de un solo aspecto de la realidad y como su justificación ideológica. El método positivista aísla y relativiza todos los fenómenos, de manera que resulta imposible, dentro de él, reconstruir todas las posibles instancias de la realidad. Para el positivismo, una visión global de esta equivale a un supuesto improbable de tipo metafísico o, en términos lógicos, a un holismo injustificado. El método positivista exige que no se exploren relaciones causales que vayan más allá del conjunto de fenómenos sujetos a observación. Del comportamiento de los fenómenos podemos deducir una ley comprobable mediante la observación repetida. Pero esta comprobación es válida siempre y cuando nos atengamos a la observación de fenómenos homogéneos. De esta manera el positivismo aparece como el fundamento de ciencias particulares, todas apoyadas en la observación del mismo tipo de fenómenos. La científicidad de la observación está garantizada por la imposibilidad de saltar de una instancia a otra o de explicar un conjunto de fenómenos (que pertenece a un sistema de explicaciones de ciencia) por un conjunto que pertenece a otro sistema.

A En “1492-1977. Hacia una historia de Colombia. Homenaje a Luis Ospina Vásquez”, *Gaceta Colcultura*, vol. I, n.ºs 12/13, julio-agosto de 1977, 7-9. Este número de la *Gaceta* resulta siendo, con el paso de los años, emblemático, como resumen de las ciencias sociales —incluida la Historia— que se venían forjando en Colombia desde los inicios del Frente Nacional, y reunió un grupo notable de colaboradores de tendencias ideológicas diversas, y pertenecientes a más de una generación. Aún hoy se leen con interés algunos de sus textos. El artículo de Germán Colmenares tiene mucho de programático, y de manera sintética constituye una presentación de sus propias formas de trabajo, y de lo que se puede designar “su estilo de pensamiento”. El título, una fórmula que Colmenares repitió varias veces, recuerda un artículo de Roland Barthes, que el autor apreciaba mucho: “Par où commencer”, publicado por R. Barthes en 1970 —hay edición en castellano—, aunque el parentesco de objeto entre los dos textos es lejano. Siguiendo una forma de trabajo que le era constante, el texto de Colmenares no es una celebración entusiasta de la “nueva ciencia social colombiana” o cosas de ese estilo, sino una crítica muy dura de algunas de las constantes y visibles deformaciones de la práctica universitaria de las ciencias sociales en la academia de los años 1970: la crítica superficial del positivismo, la inflación teórica y el enredo mental como signo de distinción cultural, una deformación que se ha prolongado en los medios académicos por muchos años y que a principios del siglo XXI los postmodernos locales llevaron a un punto difícil de superar.

La fragmentación de la realidad así producida se originó en el rechazo de toda explicación y, por supuesto, de toda instancia, de tipo metafísico. Sólo lo que cayera bajo el campo de la observación inmediata, de todo lo que hubiera sido aislado previamente como digno de ser observado, sería (a partir de Comte) susceptible de integrarse en un sistema explicativo. Esta tendencia al aislamiento de familias de fenómenos fue reforzada por un sistema académico, guardián de las disciplinas científicas.

La Economía, la Sociología y en ocasiones hasta la Historia se han desarrollado bajo estos supuestos a los que en el siglo XIX se atribuía el éxito de las ciencias naturales. Otros caminos llevaron a Marx de las formulaciones de la filosofía hegeliana a un materialismo histórico complejo en el que la realidad no se representaba mediante su mera reducción a lo homogéneo o a su confinamiento en disciplinas. Debe advertirse, sin embargo, que por razones de lucha ideológica y de congelamiento en un solo país, la influencia del marxismo en las ciencias sociales es apenas embrionaria.

Muy a menudo un antipositivismo vulgar (¿o será mejor decir ingenuo?) opta por la regresión a supuestos metafísicos para combatir la atomización de la realidad que preconiza el positivismo como método. Esta posición, muy corriente en nuestro medio, no alcanza a advertir que precisamente una de las conquistas del positivismo consistió en enfrentar y disolver lo que Comte llamaba las etapas teológica y metafísica del razonamiento humano. Como consecuencia surge un tipo de irracionalismo agnóstico que atribuye un poder disolvente y encantatorio a ciertas fórmulas, sin necesidad de encarar los problemas teóricos que encierran. El llamado a la unidad de las ciencias sociales, por ejemplo, no significa para quienes se refugian en la Teoría (así, con mayúscula) concebir un sistema superior de explicaciones basado en la percepción de la realidad como totalidad, sino que se vuelve un grito de batalla para asaltar las trincheras enemigas.

El regreso a posiciones metafísicas no significa forzosamente que se emplee un lenguaje de la metafísica clásica. Aquí ocurre como con las actitudes religiosas que no elaboran usualmente una teología completa. No se habla, por ejemplo, de las causas últimas o del primer motor, pero, casi siempre, están implicados en las discusiones. A los fenómenos aislados que suelen presentar las ciencias sociales se opone, en las discusiones metodológicas, no la visión consistente de una realidad global articulada sino alguna entelequia que —según la discusión— cumple las funciones de representación totalizadora. De esta manera, por una propensión metafísica y a veces teológica, en América Latina se ha ido debilitando el sentido de la observación y aún las mentes más claras se han ido enredando en una propensión libresca por los conceptos puros.

Este antipositivismo —que en el fondo no es sino el intento torpe de escapar a una mala consciencia— comienza por negar toda relevancia a la observación de lo inmediato o a la simple observación. Las realidades más apremiantes se escamotean así en nombre de un anti-empirismo. La ciencia, evidentemente, no es una mera extensión del sentido común, como lo pretendía Comte. Pero negarse al sentido común en

los actos cotidianos de la vida no significa que hayamos accedido, por alguna acción misteriosa de un principio, a la ciencia.

Lo propio de la realidad inmediata no es proporcionar el principio mismo de su explicación. De acuerdo. ¿Pero quiere esto decir que tengamos que regresar a explicaciones de tipo metafísico o teológico, construidas sobre la base de confusiones lógicas? Porque lo cierto es que, dado un sistema de explicaciones coherentes, la realidad inmediata no puede ser sencillamente escamoteada. Aun las realidades aparentes, es decir, recubiertas por una ficción ideológica, pueden ser descubiertas —o develadas— una vez que se acceda a un marco de explicaciones más amplio. En otras palabras, toda concepción teórica tiene que ir a los hechos para explicarlos, aun si no se ha partido de ellos.

La desvalorización absoluta de los hechos es lo propio de toda concepción teológica o metafísica. Se trata, por definición, de una realidad inferior, contaminada por el pecado en la que la Idea apenas se percibe en su materialización, es decir, como su negación. Así, nada más tentador que aplicar estos esquemas a una realidad dependiente, subdesarrollada, que recibe todas sus justificaciones ideológicas de fuera.

Todo el mundo sabe que la elaboración de marcos teóricos se ha convertido en el pasatiempo universitario por excelencia. El marco teórico resulta ser no otra cosa que la búsqueda de un mutuo reconocimiento colectivo de habilidades ergotistas. Dos o más individuos pueden acordar, tras un elaborado ritual de mutuas concesiones, en conceptos confusos, los rudimentos de un marco teórico para encontrarse, al final, en la imposibilidad absoluta de adelantar un paso en la exploración de la realidad inmediata. Porque el marco teórico suele combinar una mezcla abigarrada de observaciones entrevistas o vagamente recordadas de la lectura de Lukacs, Gramsci, Lenin, E. de Ipolla, Castells, Samir Amín, Foucault, Althusser, y quién sabe qué más proposiciones vagamente estructuralistas, semiológicas, fenomenológicas, y hasta inadvertidamente positivistas.

Para no encarar el reproche de empirismo el marco teórico deberá ser tan teórico que impida todo acceso a una realidad reconocible. Los truismos más elementales deberán expresarse en una forma confusa (¿para recuperar el “espacio teórico” de lo desconocido?) en la que la metáfora conserve al mismo tiempo su función analógica de ambigüedad y haga irreconocible alguna proposición conocida hace años en un ropaje idiomático diferente. De esta manera se sugiere algo a la vez familiar, pero de una manera inédita y aparentemente profunda. Los meros vicios sintácticos y gramaticales (anglicismo, barbarismos y más frecuentemente galicismos) se hacen pasar por una necesidad inevitable de elaboración conceptual, aunque siempre se deja un pequeño espacio para la democracia del lugar común.

En el corazón de toda esta retórica prestada de recuperaciones, rupturas, espacios teóricos, instancias, construcción de objetos teóricos y dudosas dialécticas se encuentra una plausible preocupación por los rumbos de la investigación. Lo más seguro parece

ser el alejamiento total del empirismo. Este instinto coincide precisamente con la necesidad de romper con lo cotidiano que experimenta una pequeña burguesía universitaria. Las rupturas, las revoluciones y aun la lucha de clases pueden darse, y se dan usualmente, en la teoría. Pero en cambio el ordenamiento y jerarquización de la experiencia, la expresión conceptual precisa o aun la simple claridad idiomática, la exigencia individual de un cierto rigor, todo lo que es necesario para realizar un trabajo científico creativo, se hace cada vez más inaccesible. Toda la experiencia parece recogerse de las banalidades periodísticas en tanto que los marcos teóricos proceden de una literatura francesa en la que no suele distinguirse entre la metáfora sugestiva y el concepto.

Es un hecho que, en el curso de los últimos años la preocupación por la investigación ha matado a la investigación en Colombia. Posiblemente en algunos otros países de América Latina. Para no hablar de muertes más violentas. Los estudiantes se debaten en un caos verbalista y solo unos pocos tendrán la oportunidad de descubrir, en algunos años, la vacuidad de los conceptos que ahora pasan como salvoconductos en la vida académica o como ritos de iniciación en logomaquias esotéricas.

La pregunta más frecuente y angustiada resulta ser, frente a una investigación en ciencias sociales, ¿por dónde empezar? La delimitación del objeto de conocimiento preconizada por los maestros de turno suele ser una operación erizada de riesgos epistemológicos pero resuelta triunfalmente con la reformulación de un lugar común. La simple noción de que una investigación debe proceder con un método hace que las discusiones sobre el método se prolonguen interminablemente. Naturalmente, el método debe ser dialéctico y, ante todo, exento de empirismo.

Otras nociones son entresacadas arbitrariamente del contexto de algún debate europeo que algunas editoriales publican sin mucho discernimiento. Es sorprendente la rapidez con que se traducen los libros y panfletos de las corrientes *à la mode* en la orilla izquierda de Sena y no menos la rareza en el mercado de investigaciones serias, incluso de autores latinoamericanos. La obra fundamental de Earl J. Hamilton ha sido traducida con casi cuarenta años de retraso. Y ya van 20 años de la primera edición como libro de los ensayos de crítica literaria de Northrop Frye, que comenzó a publicar en revistas hace 30 años. De la obra de Ernest Labrousse, influyente desde hace 40 años, circula apenas una selección de retazos de libros. Nada se conoce en español de François Simiand y la escuela de Annales es apenas objeto de especulaciones, lo mismo que la *New Economic History* norteamericana. Las obras de Carrera Damas, Mario Góngora o Arcila Farías no logran traspasar una barrera de distribución editorial que solo se ocupa de difundir *glamour* intelectual.

¿De qué se discute, en fin de cuenta? A estas alturas es ya muy difícil saberlo. Al menos para quien rechaza en absoluto las cortinas de humo verbales que fingen un alejamiento horrorizado del empirismo. Pero la cuestión es si quienes usan con tanta generosidad de las metáforas francesas de los últimos diez años saben, ellos, de qué discuten.